Sinesio Delgado

MANGAS VERDES

MANGAS VERDES

ZARZUELA CÓMICA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DEL

MAESTRO MONTESINOS

Representada por primera vez en el TEATRO ESLAVA
el día 10 de Noviembre de 1900.

MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.
1900

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Doña Ramona	Srta. Alba.
María	Sra. Salvador.
Valeriana	» González Valverde.
Doña Dámasa	» Banovio.
Martina	Srta. González.
Luis (1)	» Ramos.
Don Aquilino	Sr. Riquelme.
Saturio	» González.
Facio	» García Valero.
Manolito	» González Morales.
Don Esteban	» Ripoll.
Nicanor	» Angulo.
Un Mayoral	» Morcillo.

La acción en Piedrahita. Época actual. Verano. Las indicaciones de derecha é izquierda del lado del actor mirando al público.

(1) Este papel ha de ser forzosamente interpretado por una tiple.

ACTO ÚNICO

Zaguán de un mesón. Al foro portón que da al corral. A la izquierda, en primer término, una puerta, y en segundo el primer tramo de una escalera que conduce á las habitaciones superiores. A la derecha puerta que da á la calle. En los rincones, ó colgados de escarpias, cribas, cabezadas, costales, etc., etc.

ESCENA I

Facio, Martina, Nicanor.

Facio. (Asomándose en el rellano de la escalera.) ¡Martina!

Martina. (Dentro.) Mande usté.

Facio. Oye.

Martina. (Saliendo primera izquierda.) Oigo.

Facio. ¿Tiés prepará la mesa?

Martina. No, señor.

Facio. Pues anda, menéate y disponlo todo, que está pa llegar el coche de Avila.

Martina. ¿Ya?

Facio. ¿Cómo ya? ¡Si son cuasi las nueve y media!

Martina. ¡Ave María Purísima! Pus voy volando. (Vase.)

Facio. ¡Nicanor! ¡Que si quieres! Ese se habrá

quedao dormido en la cuadra, como de costumbre... ¡Nicanor!

NICANOR. (Dentro.) Voy.

FACIO. ¡Voy, voy! Siempre estás diendo y nunca llegas.

NICANOR. ¿Qué tripa se le ha roto á usté?

FACIO. Que pongas el pienso pa los tiros de Avila y de Béjar, que están al caer.

NICANOR. Por mí, que caigan cuando quieran. Tengo los pesebres atestaos de paja y cebada que están diciendo comedme.

FACIO. Pus anda, ponte junto al portón de la carretera pa que ayudes á desenganchar en cuanto lleguen.

NICANOR. Güeno, voy volando. (Vase.)

FACIO. Tamién éste se va volando. Aquí todos paicen galápagos, pero todos dicen que volan. (Vase.)

ESCENA II

MARTINA, luego DON AQUILINO.

MARTINA. El mantel está que hay que clavarlo pa que no se escape al lavadero. ¡Claro! ¡Como que toos se limpian con él los hocicos! Si los viajeros tuvieran educación y se limpiaran con las manos, como Dios manda... (Empieza á subir la escalera.)

AQUILINO. (Saliendo por la derecha.) ¡Fámula! (Martina sigue subiendo.) ¡Maritornes! (Idem.) ¡Martina!

MARTINA. Ahora sí; mientras no me llame usté por mi nombre, no le contestó. ¿Qué hay?

AQUILINO. ¿Está tu amo en casa?

MARTINA. Sí, señor.

AQUILINO. Díle que venga con toda la rapidez posible. Necesito comunicarle una noticia ex-

cesivamente urgente y extraordinariamente grave.

MARTINA. Viene en seguida. (Vase por la escalera.)

AQUILINO. Y que no cabe duda. Bien claro lo dice el periódico. Lo ha hecho sin avisar, sin despedirse, sin sacar partido de las circunstancias... Y ¿por qué habrá sido? Por falta de facultades, es imposible; por pique con algún compañero, más increíble todavía... ¡Recorcia, qué trastorno! ¡Y cuando estaba ganando el dinero á espuertas!...

ESCENA III

AQUILINO, FACIO.

FACIO. Felices, don Aquilino.

AQUILINO. Baje usted, baje usted enseguida.

FACIO. ¿Qué hay?

AQUILINO. Venga usted acá, hombre; que no es cosa de decirlo á grito pelado.

FACIO. Bueno, pero...

AQUILINO. Ante todo, ¿usted sabe dónde han ido á parar las tijeras?

FACIO. ¿Qué tijeras?

AQUILINO. Las que han servido para la operación.

FACIO. Pero rompa usté con dos mil demonios. ¿Qué pasa?

AQUILINO. ¡Friolera! (Acercándose mucho á él y con mucho misterio.) Que en Córdoba se ha dado el golpe.

FACIO. ¿Cuál?

AQUILINO. Se ha cortado la coleta Guerrita.

FACIO. ¡Anda, salero! ¡Con lo que salimos ahora!

AQUILINO. ¡Qué! ¿Lo sabía usted ya?

FACIO. Pero, don Aquilino, usté está malo; ¡pues

no lo había de saber, si eso ocurrió el año noventa y nueve!

AQUILINO. ¿El noventa y nueve?

FACIO. Justo. Pero ¿quién le ha dado á usté la noticia ahora?

AQUILINO. *La Correspondencia.*

FACIO. (Leyendo.) ¡Claro! Del veintitrés de Octubre de mil ochocientos noventa y nueve.

AQUILINO. ¡Recorcia! Pues ¿cómo me he atrasado yo tanto?

FACIO. Pero ¿por qué se le ocurre á usté leer periódicos del año de la nana?

AQUILINO. ¿Quiere usted que le diga la verdad? Pues... por no desairar al veterinario.

FACIO. ¡Cómo!

AQUILINO. Verá usted. Un día se armó una discusión sobre política en los soportales de la plaza; y como yo soy tan distraído que de nada me entero, se conoce que dije una porción de atrocidades. Entonces el albéitar fué y me dijo: «Don Aquilino, para que usted sepa dónde vive y lo que pasa en el mundo, desde mañana le voy á enviar á usted mi periódico en cuanto lo lea». Y efectivamente, desde entonces no me ha faltado un solo día; y para que él no lo tome á mal, yo lo leo todo, ¡absolutamente todo! desde la cabecera hasta los anuncios. Pero como voy despacio y tengo tantas ocupaciones... pues, raro es el día que aprovechando todos los ratos perdidos puedo echarme al coleto todo el número; de modo que según llegan los voy colocando en orden para que no se me escape ni una letra. Y así, dejando el de hoy para mañana, el de mañana para pasado, etc., resulta que me entero ahora de la retirada de Rafael segundo.

FACIO. Pues ¡á buena hora, mangas verdes!

AQUILINO. ¡Eh!

FACIO. ¡Ay! Dispense usté, don Aquilino; no me acordaba de que le habían puesto á usté eso de mote

AQUILINO. Sí, señor; me lo han puesto, y es una injusticia, porque el que lea despacio no quiere decir que llegue tarde á ninguna parte, ¡recorcia!

ESCENA IV

DICHOS, VALERIANA.

VALER. (Saliendo por la puerta de la derecha.) ¡Abuelo!

AQUILINO. ¿Qué hay, hija?

VALER. Dice mamá que si no quiere usted hoy el chocolate.

AQUILINO. ¡Pues no he de querer! Anda, dí que lo saquen cuando quieran y podéis ir tomándolo vosotras. Yo voy detrás de ti en seguida.

VALER. ¡Anda! Si nosotras hemos acabado hace una hora, cansadas de esperarle á usted.

AQUILINO. ¿Ve usted, Facio? ¡Sin avisarme! Así me echan á mí mala fama. Vamos, vamos, sígueme. (Vase por la derecha.)

VALER. Sígueme, sígueme. No, señor; no le sigo, que me quedo aquí, si usted no se enfada.

FACIO. Quédate si quieres, chiquilla; pero ¿qué tiés que hacer?

VALER. Esperar á mi novio, que viene de Ávila y va al Barco á pasar las vacaciones.

FACIO. ¡Hola! ¿Es estudiante?

VALER. Sí, señor; ¡y más guapo! Ya verá usted.

FACIO. Pero ¿tu abuelo no lo sabe?

VALER. Ni quiero que lo sepa hasta que nos casemos.

FACIO. Pues eso es mu fácil. ¡No tiés más que ponerlo en *La Correspondencia*!

ESCENA V

VALERIÁNA, FACIO, DOÑA RAMONA, SATURIO.

RAMONA. Buenos días nos dé Dios.

FACIO. Téngalos usté muy buenos, doña Ramona.

RAMONA. ¿Ha venido el coche de Ávila?

FACIO. Debe estar llegando.

RAMONA. ¿Y el de Béjar?

FACIO. Viene media hora después que el de Ávila.

RAMONA. Pasa, Saturín, que llegamos á tiempo.

SATURIO (Con un tonillo de niño zangolotino.) Buenos días tengan ustedes. ¿Qué tal han descansao ustedes?

FACIO. Bien, ¿y tú?

SATURIO Bien, gracias á Dios, para servir á ustedes.

FACIO. ¿Toavía anda po aquí este mozo? ¿No iba usté á ponerle á los estudios?

RAMONA Sí, señor; pero estamos pensando qué carrera elegir y nunca acabamos de decidirnos. Yo quiero que sea perito agrónomo, porque para lo que tiene disposición es para hacer jaulas de grillos, ¿sabe usted?

SATURIO. Y yo digo que militar, y que militar, y que militar.

RAMONA. Pero ¡figúrese usted si me le pegan un balazo! ¡Hijo de mi alma!

SATURIO. No importa; lo que yo quiero es lucir el garbo, pa gustar á las mozas.

FACIO. ¿Y qué? ¿Van ustés al Barco á pasar una temporá?

RAMONA. No, señor; venimos á esperar á la diligencia en el parador con una misión delicada y difícil.

FACIO. ¡Hola!

SATURIO. Muy difícil, porque venimos á echar el guante á una muchacha.

VALER. ¡Cómo!

RAMONA. A la hija de un amigo de mi difunto, que á la cuenta debe ser una loca, porque se empeña en no casarse con un chico de Avila que la imponen sus padres.

SATURIO Y se ha escapao del hogar vestida de hombre pa que no la conozcan.

VALER. ¿De hombre?

SATURIO. Con un traje de colegial que le ha quitao á su hermano.

VALER. ¡Qué atrevida!

FACIO. ¡Toma! Pero se la tié que conocer á la legua.

RAMONA. Eso creo yo

SATURIO. Y aunque no se la conozca. Pa eso me trae mi madre á mí; porque las huelo.

FACIO. Pero ¿cómo se ha sabido too eso?

RAMONA. Pues porque una criada que estaba en el ajo ha dado el soplo.

FACIO Y ¿usté sabe cómo se llama la niña?

RAMONA. Socorro.

FACIO. Pues se conoce que no necesita que la socorrra naide pa hacer lo que se la antoja. Y ¿á onde se escapa?

RAMONA. A Béjar, á casa de unos tíos que la miman mucho.

FACIO. ¿Sola?

RAMONA. Eso es lo que no me dicen en el parte. Conque, señor Facio, aquí se queda éste de vigilancia. Ya me avisará en cuanto llegue el coche. Usted le ayudará á detener á la prófuga, ¿eh?

FACIO. Sí, señora, sí.

SATURIO. Vaya usté tranquila, madre, que no se me despinta.

RAMONA. ¡Mucho cuidado, hijo! que el honor de una familia está en nuestras manos.

SATURIO. ¡Deje usté el honor de mi cuenta!

FACIO ¡Miá que casualidá! Tú vienes á esperar á una y ésta viene á esperar á uno. Vaya, ahí sus quedais, que yo voy á disponerlo too pa cuando lleguen los viajeros.

(Vase por la primera izquierda.)

ESCENA VI

VALERIANA, SATURIO, al fin NICANOR.

SATURIO. ¿Conque vienes á esperar á uno?

VALER. Sí; al chico que me habla.

SATURIO ¡Al chico que te habla, al chico que te habla!... Paeces tonta, mujer.

VALER. ¿Por qué?

SATURIO. Porque habiendo unos chicos tan guapos en Piedrahita, parece mentira que te hayas ido á fijar en uno de fuera.

VALER ¿Guapos? ¿Y dónde están aquí los chicos guapos?

SATURIO. Yo conozco uno pa lo que gustes mandar.

VALER. ¿Sí? ¿Quién es esa alhaja?

SATURIO Pues esa alhaja, aquí presente, es un diamante tallao que está deseando que te hagas con ella un alfiler de pecho.

VALER ¡Ay, qué mono! Me lo iban á robar enseguida.

SATURIO. No digo que no, porque tié muchas aficionás, pero si tú te lo prendías bien...

VALER. Gracias; no me gustas para adorno.

SATURIO. ¿No? Pues te voy á dar un mal rato en cuanto llegue la señorita Socorro.

VALER. ¿Y cómo va á ser eso?
SATURIO. Declarándola mi pasión na más que pa que sufras.
NICANOR. (Asomándose á la puerta del foro.) ¡Señor Facio, que está aquí el coche!
VALER. Mira, ya puedes empezar cuando quieras.
SATURIO. Se apea un colegial... ¡Justo, ella es! Voy á escape á avisar á mi madre. (Vase.)

ESCENA VII

VALERIANA, FACIO por la primera izquierda, NICANOR por el foro, MARTINA por la escalera, LUIS con uniforme de colegial, DOÑA DÁMASA, MARÍA con trajes de viaje.

Música.

NIC. Y MART. Ya salen los viajeros.
VAL. Y FACIO. No vienen más que tres.
FACIO. ¡El colegial de marras!
VALERIANA. ¡Mi Luis sin duda es!
LUIS, DÁM., MAR. De la mala noche
pasada en el coche
llegamos molidos,
estamos muy mal.
Venga un desayuno
para cada uno,
que todos sentimos
angustia mortal.
FAC., NIC., MART. Inmediatamente
los tendrán ustés.
LUIS (A Valeriana.) Disimula ahora;
luego te hablaré.
TODOS. Se necesita
mucha paciencia
para hacer viajes
en diligencia,

porque aspeado
se llega al fin
y con los huesos
hechos serrín.

LUIS. Aunque por mi parte yo no noto tanto
la incomodidad,
porque voy contento, y todo lo aguanto
con tranquilidad,
por dejar las clases unos cuantos días
y no abrir un libro ni estudiar latín,
me iba á la Coruña ó á Fuenterrabía
montado á horcajadas en un puerco espín.
Adiós al madrugón
para dar la lección
que no puedo aprender
ni por casualidad.
En vez del profesor,
el juego y el amor...
¡Soy libre por un mes!
¡Viva la libertad!

TODOS. Maldito el traqueteo
del carricoche,
que corre dando tumbos
toda la noche
por las cuestas arriba
con gran trabajo,
y como una centella
cuestas abajo.
¡Arre, mula, hacia aquí!
¡Arre, mula, hacia allá!
Y puede suceder
cualquier barbaridad...
Al llegar al mesón
ensánchase el pulmón
y viva el aire puro,
¡viva la libertad!
¡Viva, viva, viva la libertad!

Hablado.

MARTINA. Si quién ustés lavarse antes de subir al comedor, aquí hay palanganas...
MARÍA. Sí, sí; no está mal eso.
DÁMASA. Yo tengo que mojarme un poco las sienes, que se me parten con el traqueteo.
VALER. (Aparte y rápidamente á Luis.) En el comedor te aguardo. (Vase por la escalera.)
LUIS. (Á Martina, intentando abrazarla.) Yo hago lo que tú me mandes, reina.
MARTINA. (Rechazándole.) ¡Reina! ¡Miste el chiquilicuatro este! (Vanse los dos retozando por la primera izquierda.)
FACIO. (Viendo marchar á Luis y mirándole atentamente.) No cabe duda, es ella. Tié una cara de mujer que no pué engañar á naide. (Llamando á María y Dámasa á tiempo que van á entrar también por la primera izquierda.) ¡Ah! Señoras... ustés perdonen. (Si no lo saben éstas...)

ESCENA VIII

FACIO, MARÍA, DÁMASA.

MARÍA. ¿Qué ocurre?
FACIO. Dispensen ustés la curiosidá. ¿Son ustés familia del colegialito ese?
MARÍA. No, señor.
DÁMASA. Ni le conocemos siquiera.
FACIO. Pero ¿vienen ustés dende Ávila con él?
MARÍA. Justamente.
FACIO. ¿Y no han notao ustés na de particular? ¿No se han fijao ustés en la voz, ni en los ojos, ni en las aiciones?
MARÍA. Nada.

DÁMASA. No, señor; nada.
FACIO. ¡Rediez! ¡Qué torpes son ustés dambas á dos!
MARÍA. ¡Eh!
DÁMASA. ¿Cómo?
FACIO. Vamos por otro lao: ¿les ha hecho á ustés el amor en el camino?
DÁMASA. A mí no me ha dicho una palabra.
FACIO. ¡Miá qué salero! Ya se supone. (Á María.) Quió decir á usté.
DÁMASA. ¡Qué grosero es el tío este!
MARÍA. A mí tampoco.
FACIO. ¡Claro! Como que no podía ser.
MARÍA. ¿Por qué?
DÁMASA. Vamos, hombre, acabe usted de una vez. ¿Qué pasa?
FACIO. Pasa que aquí hay un misterio mu gordo. Que el compañero de viaje de ustés no es un muchacho.
MARÍA. ¿No? Pues ¿qué es?
FACIO. ¡Toma! ¿Qué va á ser? Muchacha.
DÁMASA. ¡Jesús!
FACIO. Como ustés lo oyen. Se ha escapao de su casa disfrazá así pa no casarse con uno.
MARÍA. A ver, á ver; cuente usted eso.
FACIO. Pues ya está contao. Pero hay aquí una señora amiga de su familia, que está avisá con tiempo y va á llamar á la justicia pa que la detengan.
MARÍA. ¡Pobrecilla! ¿Y la prenderán?
FACIO. ¿Qué han de hacer? Por hija pródiga y por uso indebido de uniforme.
MARÍA. ¿Y si fuera una equivocación?...
FACIO. ¡Quiá! No hay más que verla la cara. Pero, en fin, ¿ustés no van á lavarse? Pues ésta es la mejor ocasión. Reparen ustés y se convencerán ustés.
DÁMASA. Sí que nos fijaremos; ¿verdad, María?
MARÍA. Ya lo creo que nos fijaremos... ¡Ja, ja....

¡Es chistoso el lance! (Vanse riendo por la primera izquierda.)

FACIO. ¡Y hasta retozaba con la moza pa despistar! ¡De cuidao es la pájara!

ESCENA IX

FACIO, DON AQUILINO.

AQUILINO. (Saliendo por la derecha.) ¡Amigo Facio!

FACIO. ¡Hola! ¿Usté por aquí otra vez?

AQUILINO Vengo porque he averiguado una cosa.

FACIO. ¿Por *La Correspondencia*?

AQUILINO. Por Saturio, que iba á escape á buscar á su madre.

FACIO. Y ¿qué le ha dicho á usté ese ganso?

AQUILINO. ¡Asómbrese usted! Que Valeriana, mi nieta, tiene novio.

FACIO. ¡Anda con Dios! Ayer fué la víspera.

AQUILINO. Y que cuando yo la dije que me siguiera se quedó aquí para verle. ¿Es eso verdad?

FACIO. La pura verdá, pero se ha llevao chasco.

AQUILINO. ¿Quién? ¿Saturio?

FACIO. No; su nieta de usté, porque no ha venío el novio. Quien ha venío ha sido una señorita vestida de colegial.

AQUILINO. ¿Qué me cuenta usted?

FACIO. El evangelio... ¡Y ahora caigo! Puede que la nieta no tenga tales amores... Pué que sea amiga de esa otra que viene huyendo del casamiento y... ¡claro! ya sabe usté que las muchachas en estos lances se ayudan unas á otras...

AQUILINO. Pudiera ser.

FACIO. Miste. (Señalando primera izquierda.) Ahí viene el interfeto, digo, la interfeta.

AQUILINO. ¿Es ése?

FACIO. Ahí le dejo á usté pa que se entere como pueda. (Vase foro.)

AQUILINO. Dificilillo va á ser. No he comprendido bien por qué se ha disfrazado esta niña, ni qué puede tener que ver con todo esto mi nieta. Espiaremos por si acaso. (Se oculta en la primera derecha)

ESCENA X

LUIS, VALERIANA, DON AQUILINO (oculto.)

Música.

VALERIANA. Ya iba yo á buscarte. (Saliendo por la escalera.)

LUIS. Ya subía yo. (Idem por la izquierda.)

VALERIANA. ¿Nadie se ha enterado?

LUIS. Yo creo que no.

VALERIANA. He pasado seis meses
desconsolada
esperando el momento
de tu llegada,
para que me repitas
lo que has escrito,
que de palabra debe
ser más bonito.

LUIS. Y á mí con el deseo
me parecía
que nunca de juntarnos
llegaba el día.
Pues cuando algo se quiere
con impaciencia,
no hay suplicio tan grande
como la ausencia.

AQUILINO. (Asomándose.) Pues, señor, hasta ahora
no se puede saber,

si es mujer ó varón,
si es varón ó mujer.

LUIS. Para ti solamente
tengo un secreto. . .

VALER. Dímelo y á callarme
me comprometo.

LUIS. Te lo diré más tarde
con mucha calma.
Antes dame un abrazo
con toda el alma.

VALER. (Abrazándole.) ¿Así?

LUIS. ¡Así!

LOS DOS. ¡Qué bien estas cosas
me saben á mí!

AQUILINO. Que es una señora
dice el posadero,
pero ello es que abraza
como un caballero.

LUIS. Vete á la calleja
donde no haya gente,
y allí charlaremos
más tranquilamente.
De aquí á un cuarto de hora
solitos los dos.

VALER. Pues dame otro abrazo
y ¡adiós! (Se abrazan de nuevo.)

LUIS. ¡Adiós!

VALER. ¡Adiós! (Yéndose por el portón del foro.)

LUIS. (Yéndose por la escalera.) ¡Adiós!

AQUILINO. (Saliendo á escena.) Pues he estado haciendo
bonito papel,
y no he averiguado
si es ella ó es él.

VALER. (Asomando la cabeza.) ¡Adiós!

AQUILINO. ¿Es ella?

LUIS. (Asomándose.) ¡Adiós!

AQUILINO. ¿Es él?

LOS DOS. (Dentro.) ¡Adiós!

AQUILINO. ¿Es ella ó es él?

ESCENA XI

Don Aquilino, Facio.

Hablado.

Facio. ¡Qué! ¿Ha sacao usté algo en limpio?

Aquilino. ¡Hombre! ¿Querrá usted creer que no me he enterado?

Facio. Pero, señor, ¿no la ha visto usté de cerca?

Aquilino. Y de cerca parece chica, pero los abrazos son de hombre y muy de hombre, ¡corcia!

Facio. ¿Le ha abrazao á usté?

Aquilino. ¡Quiá! ¡A Valeriana! ¡Y no crea usted que ella le hacía muchos ascos!.. ¿Sabe usted que se me figura que Saturio tiene razón, y que la niña se ha echado novio sin mi permiso?

Facio. ¿Por qué no se lo ha preguntao usté á ella?

Aquilino. Pues... porque echó á correr, y ¡tú que la viste! Pero descuide usted, que en cuanto la coja, saldremos de dudas.

Facio. ¡Toma! ¡A buena hora!..

Aquilino. No siga usted. Y fíjese en que si fuera mujer no viajaría sola

Facio. Pues... pué que tenga usté razón, ¡rediez! que eso ya sería demasiao atrevimiento.

(Salen María y Dámasa por la izquierda)

ESCENA XII

Dichos, Doña Dámasa, María, luego Don Esteban, Manolo.

María. ¡Ay! Corra usted, doña Dámasa, que ya está ahí la diligencia y no nos hemos desayunado todavía.

FACIO. Tienen ustés tiempo. No ha venío el cambio.

MARÍA. ¿Cómo que no? Le digo á usted que ha llegado un coche y que debe ser el correo de Béjar.

FACIO. No se cansen ustés; ¡si sabré yo que tié que entrar por el corral! (Señalando al foro.)

DÁMASA. Pues ahí le tiene usté parado en la puerta. (Señalando á la derecha.)

FACIO. ¡Toma! Si es un coche particular.

MARÍA. Con dos viajeros.

FACIO. ¡Calle! Otro colegial, don Aquilino.

AQUILINO. Esa es la niña escapada. ¿Ve usté cómo no viene sola?

FACIO. ¡Quiá, hombre! Mírele usté á la cara. Ese sí que es el novio de su nieta.

AQUILINO. ¡Vaya! ¿A que nos vamos á volver locos todos? (Aparecen en la puerta de la derecha Don Esteban y Manolo, éste con traje de colegial.)

ESTEBAN. ¿Se puede?

FACIO. Adelante, adelante, pasen ustés.

ESTEBAN. ¿Podrán servir una taza de caldo y una copita de jerez para este joven?

FACIO. Ya lo creo. Lo que ustés quieran.

MARÍA. ¡Qué! ¿Está enfermo?

MANOLO. No; enfermo no, señora; me he mareado un poco con el movimiento del coche.

AQUILINO. (A Facio.) ¡Ojo! Se marea con cualquier cosa. Género femenino.

FACIO. (Que se ha mareao! Y no se atreve á levantar la vista del suelo... ¡Rediez! ¡Si será otra prófuga!) Suba usté al comedor y tomará usté lo que quiera. Lo preparan á escape. (Vase por la escalera.)

ESTEBAN. Entretanto voy á avisar á Damián que desenganche para que den un pienso á las mulas. (Vase primera derecha.)

MARÍA. ¡Pobrecillo! Está desencajado... Doña Dámasa, ayúdeme usted á sostenerle.

MANOLO. (Rechazándolas suavemente.) No, no se molesten, muchas gracias. Puedo ir muy bien solo. (Vanse Manolo, Dámasa y María por la escalera.)

AQUILINO. No quiere nada con las mujeres... ¡Más claro, agua! Voy á ver si interrogando con habilidad á este... (Por Esteban que sale primera derecha.)

ESCENA XIII

DON AQUILINO, DON ESTEBAN.

ESTEBAN. ¿Ha subido ya?

AQUILINO. Sí, señor, y no se apure usted, que el colegialito está bien acompañado. Va á tomar el desayuno con una muchacha muy mona.

ESTEBAN Es igual. Á Manolito todavía no le llaman la atención las faldas.

AQUILINO Todavía, ¿eh? (Ni ahora ni nunca, naturalmente.)

ESTEBAN. Es muy corto de genio.

AQUILINO. Ya, ya se le conoce. (¿Cómo empezaría yo?) ¿Quiere usted echar un cigarrito? (Esteban lo toma y ambos encienden.)

ESTEBAN Gracias.

AQUILINO. Vienen ustedes de Ávila, por supuesto.

ESTEBAN. Sí, señor. Llevo á este niño, que está á mi cuidado, á pasar las vacaciones con su familia.

AQUILINO. (Con intención.) Niño, ¿eh? (Lo mejor es irse derecho á la cabeza). (Acercándose rápidamente á él y con mucho misterio.) ¿Está usted seguro de que es niño?

ESTEBAN. (Incomodándose.) ¡Caballero!

AQUILINO. (Un poco asustado.) Perdone usté, ¡corcia! no he querido ofender á nadie.

ESTEBAN. (Tranquilizándose.) Ah, sí; comprendo. Es que como le he visto nacer no me acostumbro á considerar que casi es un hombre.

AQUILINO. (¡Con qué habilidad se escurre este tío!) Y... ¿qué estudia?

ESTEBAN. Segundo de bachillerato.

AQUILINO. (Nada; contesta con un aplomo que descompone. Hay que atacar de frente.) Pues... yo no sé cómo decir á usted una cosa sin que se ofenda.

ESTEBAN. Diga usted.

AQUILINO. Que. . vamos, que parece mentira que á la edad de usted y con ese carácter que parece tan respetable se preste usté á ciertos papeles. (Así; á tenazón.)

ESTEBAN (Asombrado.) ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir con eso?

AQUILINO. Que proteger una fuga novelesca, con cambio de sexo y todo; no me parece muy...

ESTEBAN. (Interrumpiéndole airado) ¡Basta! ¡Usted está loco, por fuerza! ¡No le entiendo á usted una palabra!

AQUILINO. Pues, aunque sea sin entenderme, debe usted seguir un consejo.

ESTEBAN. ¿Cuál?

AQUILINO. No esperar á que coman el pienso las mulas, y en cuanto esa criatura tome el caldo, salir de aquí á galope.

ESTEBAN. ¿Huir? ¿Por qué?

AQUILINO. Pues... porque se ha sabido todo; y de un momento á otro vendrán á detenerlos á ustedes.

ESTEBAN. ¿Detenernos á nosotros? ¡Hombre! ¡Tendría gracia! (Riéndose.) Sólo por ver eso vamos á estar aquí tres horas. Y por de pronto, yo voy á almorzar descansadamente. ¿Usted gusta?

AQUILINO. (Asombrado.) Que aproveche.

ESTEBAN. (Yéndose por la escalera.) Este pobre señor no está en su juicio. ¡Ja, ja, ja! ¡Prendernos á nosotros!

ESCENA XIV

DON AQUILINO.

AQUILINO. ¡Y se va riéndose en mis barbas! ¿A que estoy en el limbo sin darme cuenta?... Vamos á ver si nos entendemos. O este colegial es un hombre, en cuyo caso puede ser el novio de mi nieta, como dice Facio, ó es una mujer, y entonces puede ser la que huye de su casa por no casarse no sé con quién... También podría ocurrir que el otro colegial fuera la novia de éste y que, por lo tanto, mi nieta no entrara ni saliera, ó que mi nieta fuera la novia del otro, y en ese caso éste estaría de más completamente. Pero, ¿y si el otro es un amigo de éste, y éste es una mujer vestida de colegial, y mi nieta es un colegial vestido de mujer y... ¡Jesús! si sigo por este camino me voy á embrollar más que que con el periódico del veterinario. Lo mejor es buscar á Valeriana y que ella me saque del atolladero, ¡qué corcia! (Vase por la derecha.)

ESCENA XV

MANOLO, LUIS. (Salen por la escalera.)

Música.

LUIS. Vamos, hombre, anímate,
sal del comedor.
Demos una vuelta
por el parador.
Que en estas posadas
suele suceder
que hay unas criadas
de buen parecer.

MANOLO. En belenes y aventuras
no nos metamos por Dios,
porque si hacemos locuras
Dios nos castiga á los dos.
Que el mundo es muy malo
y el diablo en acecho
les pierde á los hombres
por una mujer.

LUIS. ¡Valiente pedazo
de tonto estás hecho,
teniendo ese miedo
de echarte á perder!
Y con esas modestas
aspiraciones
pasarás aburrido
las vacaciones.

MANOLO. Cuando voy del colegio
doy las lecciones
con mi papá
y á paseo me marcho
todas las tardes
con mi mamá.
Cuido las gallinas,
juego con el chucho

y de esta manera
me divierto mucho;
hasta que, cansado
de tanto placer,
me voy á la cama
al anochecer.

LUIS Pues yo en las vacaciones
nunca me acuerdo
del profesor,
y á todas las muchachas
que son bonitas
hago el amor.

MANOLO. ¡Jesús, qué horror!

LUIS. Tengo mis conquistas
como un hombre ducho,
y en bailes y fiestas
me divierto mucho,
y si voy de juerga,
me subo al tablado
y me doy dos golpes
de zapateado (Baila.)

MANOLO. ¡Qué atrevimiento!
¡Qué descarado!

LUIS. Este es el genio
que Dios me ha dado.

LUIS. Y si voy de juerga
me subo al tablado, etc.

MANOLO. Cuido las gallinas
juego con el chucho, etc.

ESCENA XVI

DICHOS, RAMONA. Al fin SATURIO.

Hablado.

RAMONA. (Asomándose á la puerta de la derecha.) ¡Calle! ¡Dos colegiales! Y los dos parecen la que yo busco. (Hablando hacia afuera.) Espera aquí

hasta que yo te avise. Lo mejor será llamarla por su nombre y veremos quién vuelve la cabeza... ¡Socorro!

LUIS. ¿Eh?

MANOLO. ¿Qué pasa?

LUIS. ¿A quién matan por ahí?

RAMONA. (Pues... no sé quién es.) (Saliendo á escena.) No se asusten ustedes, que no matan á nadie. Es que llamaba á una muchacha que vengo buscando y que creí que estaba aquí.

LUIS. Pues no hay ninguna muchacha, desgraciadamente.

MANOLO. No, afortunadamente no hay ninguna.

LUIS. Pero esa que usted busca, ¿es una muy guapa, muy guapa, que viene de Avila acompañada de una señora mayor?

RAMONA. ¿Vestida de colegial?

LUIS. ¿Quién? ¿La señora?

RAMONA. No, la chica.

LUIS. ¡Qué cosas dice usted! Esta señora se quiere quedar con nosotros, Manolito.

MANOLO. ¡Dios nos libre!

RAMONA. La que yo busco viene disfrazada con un traje como el de ustedes.

LUIS. ¿Con un traje como el nuestro? ¡Ja, ja, ja! ¿Y dónde está esa picaruela? ¡A ver! señorita colegiala... (Se retira riendo al segundo término.)

RAMONA. (Ese es el que tiene cara de niña; pero, si lo es, disimula como una condenada. Las facciones de este otro (por Manolo) son enteramente de hombre; pero... ¡vaya usted á saber! En Avila las hay muy feas.)

MANOLO. (¡Cómo me mira esta mujer! Parece que trata de avergonzarme.) (Se retira también al segundo término.)

RAMONA. (Intentaremos el recurso supremo.) Niños, hagan ustedes el favor.

MANOLO. (Acercándose.) Usted dirá.

LUIS. (Idem.) A la orden.

RAMONA. Me han sido ustedes muy simpáticos y quiero hacerles un obsequio. Los estudiantes se pirran por los cigarrillos y yo llevo aquí una cajetilla que acabo de comprar para mi hijo mayor. ¿Quieren ustedes empezarla?

LUIS. Venga.

MANOLO. Gracias; yo no fumo.

RAMONA. ¿Que no?

MANOLO. El humo me hace mucho daño.

RAMONA. (Pues señor, es esta (por Manolo). Aunque me parecen un poco fingidos los desplantes de éste.) (Por Luis.)

LUIS. Y... ¿tiene usted cerillas?

RAMONA. Sí, hijo; también he comprado cerillas.

LUIS. ¡Olé las mujeres de rumbo! Es usted la dama más obsequiosa y más jacarandosa que me he echado á la cara. (Enciende el cigarro.)

RAMONA. (¡Atiza!)

LUIS. Conque, por lo visto, usted tiene un hijo mayor.

RAMONA. Sí, mayor... que ustedes.

LUIS. Pero supongo que eso no será un obstáculo para que, cuando yo acabe la carrera, me permita usted venir á pedir su mano.

RAMONA. (Ya se descubre.) La mano de mi hijo, por supuesto.

LUIS. ¡La de usté, guasona! Me gustan á mí con delirio las jamoncitas de este porte. (La hace una carantoña y echa á andar hacia el foso riéndose.) Y gracias por el obsequio, ¿eh? (Voy á ver dónde se ha metido aquélla.)

RAMONA. No cabe duda. Tanto desahogo sería imposible. La fugada es esta fea que se ha quedado aquí... No hay más que ver que

está como asustada. ¿Dónde tendría yo los ojos? (Acercándose á la puerta de la derecha.) Saturio.

SATURIO. (Saliendo.) Mande usté, madre.

RAMONA. Yo creo que es ésa. Pero bueno será que tú te asegures. Hay pruebas que podéis intentar sólo los hombres, ¿comprendes?

SATURIO. ¡Vaya si comprendo! Descuide usté, que no se me escapa.

RAMONA. Te voy á dejar solo con ella. Tú verás lo que haces, ¿eh? Ven; te presentaré primero. Oiga usted, joven. (Manolo vuelve la cabeza.)

SATURIO. Buenos días tenga usté. ¿Cómo ha descansao usté?

MANOLO. Bien; muchas gracias.

RAMONA. Este pollo es mi hijo, que también se va á poner al estudio.

MANOLO. ¿Sí?

RAMONA. El año que viene. Conque, puesto que van ustedes á ser compañeros, ahí se queda haciéndole á usted compañía mientras yo hablo cuatro palabras con el señor Facio.

MANOLO. Tengo mucho gusto ..

SATURIO. El gusto es mío...

RAMONA. (Voy á ver si averiguo con quién ha venido esta pájara.) (Vase por la escalera.)

ESCENA XVII

MANOLITO, SATURIO.

SATURIO. ¿Se ha quedao usté aquí esperando á alguien?

MANOLO. Sí; á mi ayo.

SATURIO. ¡Ayo! Y ¿qué es eso?

MANOLO. Un señor que ha venido á buscarme al colegio para llevarme á casa.

SATURIO. ¿Un señor? ¡Valiente tontuna! Yo, cuando estudie, encargaré á mi madre que mande por mí una señora. ¡Me parecen mucho mejor las señoras! (¡Tómate ésa!)

MANOLO. Pues es una picardía muy grande.

SATURIO. Según y conforme. Porque... á mí no me diga usté nada; usté tié que tener alguna novia pa las vacaciones.

MANOLO. Soy muy joven para eso.

SATURIO. ¡Ya! Lo deja usté pa cuando tenga setenta años.

MANOLO. No; es que... vamos, que no me gustan las mujeres.

SATURIO. (Se confiesa ella sola.) Lo creo.

MANOLO. ¡Cómo!

SATURIO. Que lo creo. Pues á mí sí. Y más las forasteras que las de Piedrahita. (Con intención.)

MANOLO. Bueno.

SATURIO. Y toavía más las que se escapan de su casa pa correr solas por el mundo.

MANOLO. Bueno.

SATURIO. (Se atortola. Es mía.) Porqne aquí donde usté me ve, yo soy una pura miel pa las chicas. Y en cuanto me pongo á decir chicoleos y á escribir declaraciones en verso, tengo ángel.

MANOLO. Dios se le conserve.

SATURIO. Me acuerdo de unos que mandé á la más pequeña del boticario, que eran una preciosidad. Verá usté. (Á ver si comprende la indireta.)

«Si tu familia te dice
que te cases á disgusto,
ven á mis brazos, pichona,
y verás qué gusto, qué gusto y qué gusto.»

MANOLO. Ese último me parece un poco largo.

SATURIO. Bueno; pero está adrede, pa que se com-

prenda que me daría muchísimo gusto. (Pues señor, si ahora no lo entiende es porque es tonta de remate.)

ESCENA XVIII

DICHOS, LUIS, VALERIANA.

LUIS. (Saliendo por el portón del foro.) No seas tonta, mujer, que no nos pasa nada. Va mucha gente con nosotros.

VALER. ¡Que no! que no me atrevo, ¡vaya!

SATURIO. ¡Valeriana con el otro colegial!

LUIS. Mira, éstos nos ayudarán; vamos á decírselo.

VALER. ¡No, por Dios! ¡Qué vergüenza!

LUIS. Verás. (Acercándose á Manolo y Saturio.) ¡Hola! ¿Ya sois amigos? Me alegro. Vamos á ver, para que ésta se convenza. Si vosotros tuvierais novia...

SATURIO. Este no puede ser.

LUIS. Ya; porque es un cobarde. Pero cambiará con el tiempo Si tuvierais una novia y temierais que las familias no os dejaran casar, ¿qué haríais?

SATURIO. ¿Yo? ¡Escaparme con ella!

LUIS. Claro. (A Valeriana.) ¿Lo ves?

MANOLO. Yo... nada...

SATURIO. ¡Anda, ahora se hace la chiquita después de lo que ha hecho!) Pero (á Luis) ¿por qué pregunta usté eso?

LUIS. Porque yo la digo á ésta que se venga conmigo en el coche sin que nadie se entere.

VALER. Pero no hagas caso, Saturio, que yo no quiero.

LUIS. Si la cosa no tiene malicia. En cuanto lle-

guemos al primer pueblo nos detienen. La cuestión es dar un pequeño escándalo para que luego nadie pueda oponerse á nuestra boda. ¡Si eso se ve todos los días!

SATURIO. Y tiene razón. Estaba yo por escaparme con ésta.

ESCENA XIX

DICHOS, DON ESTEBAN, DOÑA RAMONA.

RAMONA. (Bajando disputando por la escalera.) A mí no me tiene usted que decir nada. Y de aquí no salen ustedes porque estoy dispuesta á pedir auxilio á la justicia.

ESTEBAN. Pero, señora, ¡por Dios! explíquese usté.

RAMONA. No necesito explicarme. La trampa está más clara que la luz. Lo mejor que puede usted hacer, para evitar disgustos, es mandar enganchar otra vez y volverse á Avila.

MANOLO. ¿Á Avila? ¿Para qué quiere esta señora que vayamos á Avila?

RAMONA. ¡Miren la mosquita muerta y cómo se hace la desentendida!

SATURIO. Y tan mosquita muerta, madre. Estoy seguro.

LUIS. ¡Anda, otro lío!

ESTEBAN. Pero, señora, ¿quiere usted hablar claro de una vez, á ver si nos entendemos? (Siguen bajo.)

LUIS. (Mirando á la derecha.) ¡Ay! Tu abuelo viene. (A Valeriana) Escápate por allí (foro), y en cuanto preparen el coche, te metes en la berlina. Yo tomaré el billete, anda.

(Vase corriendo Valeriana y entra Don Aquilino.)

ESCENA XX

Doña Ramona, Don Esteban, Manolo, Luis, Saturio, Don Aquilino.

Aquilino. ¡Hola! Me alegro de que estén ustedes todos juntos. Ya ha desaparecido el misterio. Estoy perfectamente enterado de todo.

Ramona. ¿Sí?

Luis. A ver, á ver.

Aquilino. Valeriana me ha confesado la comedia. Este joven (por Luis) no es joven.

Esteban. ¡Caramba! ¿Es viejo?

Aquilino. No; quiero decir que no es joven, que es... *jóvena*, vamos.

Luis. ¡Hombre! ¡Qué noticia!

Esteban. No hagan ustedes caso de este señor, que está un poco guillado.

Luis. ¡A ver, á ver! Que me entere yo. Vuelva usted á decir eso, abuelete.

Aquilino. ¡Y se burla además!

Ramona. (Llevándole aparte.) No haga usted el paso, don Aquilino. Le ha engañado á usted Valeriana. La que yo busco es ésta. (Por Manolo.) Saturio la ha hecho ya cantar claro.

Aquilino. ¿De veras?

Saturio. Sí, señor, sí. ¡Como que casi puede decirse que estamos en relaciones!

Aquilino. ¡Qué barbaridad!

Saturio. Y tenga usté cuidao con su nieta, que va á escaparse con el otro, con el colegial auténtico.

Aquilino. ¡Demonio! Por eso me dejó plantado hace un instante.

RAMONA. Corra usted, corra usted, que nosotros vigilaremos á éste.

AQUILINO. No; pues esta vez sí que llego á tiempo, á Dios gracias. (Vase precipitadamente por la derecha.)

RAMONA. (A Esteban.) Y usted, señor mío, haga lo que le he dicho por la buena.

ESTEBAN. Déjenos usted en paz, señora. Manolito, vamos al coche. Esta posada es un manicomio.

RAMONA. (Cerrándoles el paso.) ¿Al coche? ¡Eso sí que no! ¡Pues no faltaba más! ¡De aquí no se sale!

ESCENA XXI

DON ESTEBAN, SATURIO, LUIS, MANOLO, RAMONA, luego FACIO, MARTINA, DÁMASA y MARÍA.

Música.

RAMONA. ¡Aquí todo el mundo!
¡Auxilio, favor!

SATURIO. Por malas les sale
la cuenta peor.

FACIO Y MART. ¿Quién llama?

MARÍA Y DÁM. ¿Quién grita?

FACIO Y MART. ¿Qué ocurre?

MARÍA Y DÁM. ¿Quiénes?

ESTEBAN. Habrá que empezar
á dar puntapiés.

SATURIO. Aquí estos señores
que quieren salir
y aquí esta señora
lo quiere impedir.

ESTEBAN. De tales atborotos
la causa no adivino,
pues somos dos viajeros

que van por su camino.
Dejadnos libre el paso
ó yo me lo abriré,
que no nos prende nadie
sin qué ni para qué.

SATURIO. El honor de una familia
en peligro grave está;
detened á los viajeros,
defended á mi mamá.

LUIS, FACIO, DÁMASA, MARÍA Y MARTINA. ¡Ja, ja, ja, ja!
¡ja, ja, ja, ja!
¡Cuando él lo asegura
por algo será.

LUIS. ¡Pobre Manolo!
¡Ya no se irá!
¡Qué miedo tiene,
qué triste está!

RAMONA Y SATUR. Una niña loca
se ha fugado ayer
y al hogar paterno
tiene que volver.

ESTEB. Y MANOLO. Está equivocada
la pobre mujer,
y en nuestro camino
nos va á detener.

LUIS. El pobre Manolo
no sabe qué hacer,
y está atortolado
como una mujer.

FACIO, MARTINA, MARÍA Y DÁMASA. Si huyendo de casa
salieron ayer,
á casa enseguida
tendrán que volver.

RAMONA Y SATUR. Una niña loca, etc.

ESTEB. Y MANOLO. Está equivocada, etc.

LUIS. El pobre Manolo, etc.

FACIO, MARTINA, DÁMASA Y MARÍA. Si huyendo de casa, etc.

ESCENA XXII

DICHOS, NICANOR.

Hablado.

FACIO. ¿De manera que no aceden ustedes? Pues esto se va á acabar en seguida. (Llamando.) ¡Nicanor!

ESTEBAN. ¿Qué barbaridad se le ha ocurrido á uste ahora?

FACIO. Ya lo verá usté. ¡Nicanor!

NICANOR. (Saliendo por el foro.) Ahí está el coche de Béjar.

LUIS. ¡Hola! Esta es la mía. Mientras discuten aquí, nosotros tomamos las de Villadiego. (Vase corriendo por el foro.)

FACIO. (Á Nicanor.) Anda, vete enseguida á llamar al señor alcalde.

NICANOR. Voy volando. ¡Ah! Esta esquela que ha traído el mayoral pa usté con encargo de que se la entregue á doña Ramona.

RAMONA. Venga, venga. (Coge la carta y la abre.) Y espera un poco. (Lee bajo.)

MARÍA. Doña Dámasa, yo creo que sería conveniente salir de aquí.

DÁMASA. Esperate. Ya está visto que con nosotras no va nada.

RAMONA. (Acabando de leer.) No vayas á llamar á nadie, Nicanor. Y ustedes dispensen, porque no hay nada de lo dicho.

ESTEBAN. Naturalmente.

FACIO. Pues ¿de quién es la carta?

RAMONA. De los señores de Béjar, y me dicen que los padres de la muchacha la perdonan la escapatoria, suspenden lo del casamiento y la permiten que vaya á pasar un par de

meses con sus tíos. De modo que yo no tengo que meterme en nada y debo dejarla continuar el viaje.

MARÍA. ¿De veras? ¡Qué gusto!

RAMONA. ¿Cómo que qué gusto? ¿Y á usted que la importa?

MARÍA. ¿No me ha de importar? ¡Como que la sobrina soy yo!

FACIO. ¡Anda, salero!

ESTEBAN. Hombre, esto es curioso.

RAMONA. Pero ¿la escapada?

DÁMASA. La misma. Yo la he acompañado constantemente.

SATURIO. Pero entonces ¿ésta quién es?

MANOLO. Yo no soy ésta, que soy éste, ¡caracolillos!

RAMONA. ¿Y dónde ha dejado usted el traje de colegial? (Á María.)

MARÍA. ¡Toma! En el baúl de mi hermano. No me lo he puesto nunca. Lo que hice fué contárselo á la criada en secreto, suponiendo que no tardaría en ir con el cuento á mis padres.

DÁMASA. Como se verificó enseguida.

MARÍA. Y ¡claro! como todos tenían la idea de que me fugaba vestida de hombre, á nadie se le ha ocurrido perseguirme dando mis verdaderas señas.

FACIO. ¡No es poco lagarta la niña!

MARÍA. Y así he podido llegar hasta aquí sin tropiezo, para lo que ustedes gusten mandar. (Irónicamente.)

SATURIO. ¡Ya lo creo que la mandaría yo á usté cosas!

FACIO. ¡Pues hemos estao toos hechos unos páparos!

ESCENA XXIII

DICHOS, DON AQUILINO.

AQUILINO. ¡Señores, señores! No se quiebren ustedes la cabeza. ¡Traigo la solución de todo! ¡Acabo de averiguarlo todo!
ESTEBAN. (Aquí está el loco con otra historia.)
FACIO. Y ¿qué ha averiguao usted, don Aquilino?
AQUILINO. Que la escapada es ésta. (Por Manolo.) ¡Lo sé de buena tinta! (Á D.ª Ramona.) De modo que no tiene usted más que detenerla, y en paz.
MANOLO. Yo, ¿eh? ¡A buena hora, mangas verdes!
AQUILINO. (Muy incomodado.) ¡Señorita!
MANOLO. ¡Qué señorita ni qué cuerno! (Voces dentro foro.)
MARÍA. ¿Qué es eso? ¿Otro escándalo?
NICANOR. Es el mayoral de Avila que trae dos prisioneros.
DÁMASA. ¡Más prófugos!

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS, MAYORAL que trae sujetos á LUIS y VALERIANA

MAYORAL. Vengan ustés acá, señoritos, que yo no los llevo á ustés sin enterarme antes.
AQUILINO. ¡Valeriana! (¡Por lo visto también ahora llegaba tarde!)
FACIO. ¿Qué ha pasao, Simón?
MAYORAL. Na; que este par de chicos se habían metío solos en el coche, y por la pinta me huele el viaje á calaverada.

AQUILINO. ¡Y tan calaverada! Ven acá tú, sosaina: ¿dónde ibás en la diligencia?

VALER. Ibamos al pueblo inmediato nada más.

SATURIO. (A don Aquilino.) ¿No le dije á usté que se escapaba con el novio?

AQUILINO. Y tú, niña, ó niño, ó lo que seas... ¿es eso lo que aprendes en el colegio?

LUIS. ¡Si ya pensábamos decírselo á usted mañana ó pasado!

AQUILINO. ¡A buena hora, man...! (¡Pues no iba yo á soltarlo!) Lo primero es acabar la carrera, ¿sabes, muñequillo? Después hablaremos.

LUIS. ¡Pero si me faltan doce años, por la parte más corta!

AQUILINO.
Pues si hacéis una trastada
antes, la cojo y la mato.

(Al público.)

Y ahora... os pido una palmada
si el juguetillo os agrada
y os hizo pasar el rato.

TELÓN

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Las modistillas, sainete en un acto y en verso.
El Grillo, periódico semanal, idem id. id.
La gente menuda, idem id. id.
El baile de máscaras, idem id. íd.
Somatén, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
La señá Condesa, juguete cómico en un acto y en verso.
La puerta del infierno, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Jiménez.
La moral casera, comedia en dos actos y en verso.
La lavandera, sainete en un acto y en verso.
Lucifer, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La obra, juguete cómico en un acto y en verso.
El gran mundo, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Brull.
Paca la pantalonera, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Brull.
La revista nueva ó la tienda de comestibles, sátira en un acto, en prosa y verso, música de los maestros Chueca y Valverde.
La clase baja, revista en un acto y en verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Brull.
La baraja francesa, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La república de Chamba, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Jiménez.
Los pajaros fritos, sainete lírico en un acto y en verso, música del maestro Valverde.
La casa encantada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Caballero.
El toque de rancho, zarzuela en un acto y en verso, música de los maestros Marqués y Estellés.
El ordinario de Villamojada, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Valverde, hijo.
El murciélago alevoso, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Luis Ansorena, música del maestro Estellés.
El ama de llaves, juguete cómico en un acto y en verso.
La procesión cívica, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor, música del maestro Marqués.
El aquelarre, zarzuela de espectáculo en un acto y en prosa, música del maestro Marqués.
Los inocentes, revista en un acto en prosa y verso, en colaboración con D. José López Silva, música del maestro Estellés.
La madre abadesa, boceto lírico en un acto y en prosa, música de los maestros Brull y Torregrosa.
La zarzuela nueva, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La vacante de Cañete, sainete en un acto y en prosa, en colaboración con D. Emilio Sánchez Pastor.
Los altos hornos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Lope.
El beso de la duquesa, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Chapí.
Los mineros, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Torregrosa.
La espuma, comedia en un acto y en prosa.
El galope de los siglos, humorada satírico-fantástica en un acto, en prosa y verso, música del maestro Chapí.
Ligerita de cascos, zarzuela en un acto y en verso, música del maestro Torregrosa.
Lucha de clases, zarzuela en un acto y en prosa, en colaboración con D. Joaquín Abati, música del maestro Montero.
Mangas verdes, zarzuela en un acto y en prosa, música del maestro Montesinos.